

La Caja de Pandora: una experiencia grupal con mujeres y su impacto comunitario

Silvia NAVARRO PEDREÑO*

Resumen

Este artículo pretende ir más allá de ciertas perspectivas limitadas sobre la acción grupal y de esas orientaciones tecnocráticas y paternalistas que sin pudor buscan instalarse hoy en el ámbito del trabajo social. Por ello, lo que aquí reivindico es la necesidad de que los trabajadores sociales nos arriesguemos a probar y a experimentar nuevas metodologías a partir de las cuales fomentar y facilitar procesos de autoconocimiento y autoorganización de los grupos comunitarios. Es a partir de las dinámicas, de la acción de esos grupos y del impacto o efectos multiplicadores que muchas veces se derivan de ello como la red social se va convirtiendo en un continente más y más extenso del que fluyen nuevas y fecundas oportunidades vitales y convivenciales.

Que lo que reivindico no es una utopía o una falacia, sino que es algo práctico y posible si real e incondicionalmente creemos en este modelo de acción, es lo que aquí, con más o menos acierto, intento demostrar de la mano de la experiencia de un grupo de mujeres. Un grupo de mujeres que a partir de tomar conciencia de su propia realidad, iniciaron un viaje apasionante; el de transformar colectivamente esa realidad, siendo actoras y protagonistas de su propia historia, de su propio destino, de todo aquello durante tanto tiempo prohibido y vetado por los celosos guardianes del orden social.

Abstract

PANDORA'S BOX: A GROUP EXPERIENCE WITH WOMEN AND ITS COMMUNITY IMPACT

This article is an attempt to go beyond the limited perspectives of group work and of those technocratic and paternalistic views which are so shamelessly pushing their way into social work nowadays. A demand is made for social workers to take the risk of experimenting with and trying out new methodologies with which to encourage and enable community groups to undertake processes of self-knowledge and self-organization.

The demand made here is no utopia or fallacy: rather, it is something practical and possible if we really unconditionally believe in this action model. The article is an attempt to demonstrate this more or less successfully by means of the experiences of a demand group of women, who, aware of their own reality, began an exciting journey to change that reality, taking a lead role in their own history, their own destiny, in all that for so long was prohibited and banned by the jealous guardians of social order.

* Trabajadora Social. Atención primaria en Servicios Sociales (Ayuntamiento de Badalona).

"El mito es tan fluido y está tan lleno de contradicciones que no podemos descubrir de entrada su unidad. Dalila, Judith, Aspasia y Lucrecia, Pandora y Atenea, la mujer es a la vez Eva y María. Es un ídolo, una sierva, fuente de vida, poder de las tinieblas"...

Simone de Beauvoir: *"El segundo sexo"*

Desafiando al mito

De todos es sabido que la realidad es infinitamente más grande que nosotros y que el universo nos desborda, de modo que para enfrentarnos a esa vastedad aniquilante, los humanos hemos tenido que inventar los mitos, esas pequeñas narraciones con las que traducimos lo indecible, pequeñas historias que nos permiten ir día a día resistiendo con la máxima dignidad. Esto es, reducimos la inmensidad insoportable a un relato lo suficientemente diminuto como para poder acomodarlo en nuestra mente.

De la misma forma que tradicionalmente nuestros antepasados crearon sus cosmogonías y mitos, que como un legado se transmitieron de generación en generación, acaso valga la pena recuperar hoy esa capacidad de ponerle palabras al misterio, a lo que nos trasciende, para enfrentados a ello ser capaces de desafiar lo aparentemente inmutable y de reformular esos viejos mitos en otros que nos permitan seguir avanzando en la ardua tarea de inventar la vida y, ¿por qué no?, de inventar el trabajo social.

El trabajo social no es algo ajeno a la vida, a esa realidad inmensa, amenazadora en su misterio, exorbitante, a ese mundo fragmentado, dis-

perso, deshilachado, inagotablemente confuso. Sumidos en tal vorágine y prisioneros de mitos que, aunque obsoletos, permanecen, en ocasiones nos engañamos creyendo que un infalible poder nos llevará a entenderlo, a controlarlo todo, a cambiar las vidas de otros desde esa torre de marfil que impudicamente levanta la impecable y sectaria tecnocracia, esa que con cierta asiduidad intenta seducirnos, haciéndonos serviles esclavos de un orden férreamente establecido, despota, tirano.

Es entonces cuando el trabajo social se convierte en un sucedáneo de la vida y los profesionales nos alejamos más y más del sentido común y de los sentimientos comunes de la gente, de la socialidad, de esa fuerza subterránea, de esa potencia creadora que se nutre de un sentimiento de "nosotros", de "estar juntos", algo tan cercano a esa comunidad emocional que surge de la intersección de historias cotidianas que cristalizan para dar lugar a nuevas realidades alternativas a construir colectivamente (Maffesoli, 1990).

Reivindicar hoy, en plena postmodernidad, un trabajo social diferente supone ante todo que los profesionales ideemos nuevas cosmogonías, nuevos mitos, supone que comencemos a ocuparnos por todo lo que no se rige por el orden del concepto, de todo cuanto está impregnado de vivencia, de esa magia resultante del encontrarse, del compartir y construir con otros. Cuando el profesional deja de ser el centro del universo y se convierte en facilitador de procesos que labran otros, la sorpresa

y el asombro vuelven a aparecer en escena, conviviendo fraternalmente con un rigor técnico ahora ya no frío y distante, sino cálido, generoso, solidario y fecundo.

Lo que aquí quiero compartir con vosotros es una historia colectiva de mujeres enfrentadas al desafío de aquel mito fundacional de nuestra cultura; el de Adán y Eva, a partir del cual el ansia de saber de la mujer y su cuestionamiento del orden establecido al transgredir lo prohibido condenó a la humanidad a los más terribles males. Dios, obstinado por impedir que los humanos (y menos aún las mujeres) manejaran el destino, restableció el orden con su acción punitiva, es decir, Dios opta por castigar cuando no puede convencer.

No tan diferentes son los dispositivos de respuesta que activa el orden social al ver amenazado ese equilibrio estático y estoico que sostiene la atemporal e ilusoria pervivencia de todo cuanto es y existe siempre de un determinado modo. Frente a estos planteamientos conservadores los sentimientos comunes y la acción colectiva nos acercan al territorio del hedonismo, nos llevan a un desvanecimiento del yo en los otros. El magma afectivo que fluye de lo colectivo y el cambio de valores que genera en la vida cotidiana nos remite así a una ética y a una estética "orgiástica o dionisiaca", capaz de hacer emerger del desorden y del extravío nuevos órdenes desde los cuales ensayar renovadoras y creativas modalidades de afrontamiento de nuestro destino (Maffesoli, 1996).

Los griegos, al igual que los hebreos, dieron continuidad a la leyenda que atribuye a las mujeres peligrosos deseos de conocer y de cambiar el mundo. Así, en el mito de la Caja de Pandora aparece una mujer a la cual Zeus hizo tan tonta y perezosa como bella. Pandora, al poco tiempo de sus esponsales con Epimeteo, osó abrir aquella caja que Prometeo le había advertido a su marido debía mantenerse cerrada. Al abrir la enigmática caja salieron de ésta en forma de nube todos los males capaces de infestar a la humanidad perpetuamente.

En este caso, como en el relato del Génesis, existe una clara conciencia de que la amenaza del orden establecido, incluido el caudal de conocimiento en que se apoya y legitima, no vendrá de los dueños de ese orden, sino de aquellos que son esclavos de éste. La mujer que sabe, consciente y dispuesta a hacer, se convierte en el símbolo de lo que amenaza la estabilidad somnolienta de la sociedad, es la que derriba las murallas que encierran y protegen, para dejar así entrar y acoger nuevas posibilidades y peligros (Lorite, 1987).

Acaso también fuera en parte así en el caso de tantas otras mujeres, muchas de ellas heroínas anónimas, otras insignes personalidades que pasaron a la historia oficial; como por ejemplo, Madame Curie, alguien que no buscaba transformar el mundo, una mujer que imbuida por su ansia de conocimiento abría la puerta a una nueva era para la humanidad, una puerta por la que después entrarían los mayores riesgos conocidos hasta

entonces, y también nuevas posibilidades sobre la vida y sobre la muerte. Es evidente que todo cambio en la esfera del saber implica consecuencias que se escalonan por sí mismas y que plantean nuevas opciones, nuevos poderes, nuevas posibilidades de error y de éxito, pero en definitiva, nuevas posibilidades.

En la experiencia que me propongo narrar a continuación, un grupo de mujeres se atreve a desafiar un orden establecido (en buena parte un orden masculino) a partir de pensar su propia realidad para traducirla posteriormente en iniciativas de acción, en formas alternativas y hasta "subversivas" de enfrentarse a esa realidad. Desarticular los diferentes signos que durante mucho tiempo, demasiado, estuvieron llenando la ausencia de ser de las mujeres es fundamental, y hacerlo de forma colectiva nos ayuda a rescatar desde miradas diversas posibilidades de organización alternativas. Pero que nadie piense que me estoy refiriendo a realidades especialmente atípicas, insólitas o extraordinarias. Al contrario, la subversión, el cambio, las revoluciones, también son factibles desde la cotidianidad y la sencillez más asombrosas. La fuerza de lo colectivo y las ondas expansivas que de su fluir emanan es lo que hace posible hacer único y trascendente lo que en un principio podía parecer a simple vista vulgar y anodino.

Pandora, "la que da todo"

Como es sabido los personajes de los mitos tienen nombre propio, un

nombre propio con un significado que no acostumbra a ser casual y que la mayoría de las veces tiene que ver con los designios de los dioses. Pandora era conocida como "la que da todo", un apelativo éste que connota generosidad y deseo de entrega. Un conjunto de personas tampoco decide casualmente comprometerse en una experiencia grupal de forma inmotivada. Generalmente tras esa decisión se esconden mitos, expectativas, deseos y un potencial de ideas y de sentimientos dispuestos a convertirse en acción, en obras, en una realidad tangible, ya no individual, sino colectiva. ¿Cabe hoy mayor generosidad que la renuncia a la seguridad del individualismo para reconocerse a uno mismo como parte de una realidad alternativa (nacida con otros), una realidad ésta normalmente menos controlable, pero casi siempre más estimulante y enriquecedora?

La misma disponibilidad e inquietud con la que Pandora pasó al universo inalterable de los mitos es la que llevó en su día a un grupo de ocho mujeres a acercarse al centro de servicios sociales de su barrio haciendo la siguiente demanda: "necesitamos ayuda porque queremos hacer algo para las mujeres como nosotras, pero no sabemos por dónde empezar". Saber por dónde empezar, una cuestión preliminar y fundamental que se le presenta a todo grupo. El Conejo Blanco del cuento de Alicia en el País de las Maravillas también se planteaba esta cuestión, confiándole al Rey sus dudas, a lo que éste le respondió: "comienza por el principio y

sigue hasta que llegues al final, entonces, detente".

Un grupo es algo que se construye, una realidad forjándose paso a paso, una realidad que a menudo nos sorprende, que nos ofrece nuevas perspectivas para ver y hacer, para ser diferentes en comunión con otros. Un grupo no nace, se hace. Un grupo es un acto creativo, un proceso vivencial transitando a la luz de aquel sabio precepto del Emperador Augusto que, con el buen criterio, la mesura y la templanza características de los antiguos, aconsejaba: "festina lente", apresúrate despacio, o lo que es lo mismo, apuesta por el esfuerzo paciente y continuado. Un grupo sólo sobrevive cuando se enfrenta a las adversidades conjugando compromiso y perseverancia, alcanzando de este modo la tan merecida victoria del aprendizaje común, aquel que nos hace mejores individual y colectivamente.

La demanda de apoyo y los miedos y recaudos naturales de aquellas mujeres probablemente se comprendan mejor si hacemos un primer acercamiento al perfil de las componentes del grupo. Básicamente se trataba de mujeres entre cuarenta y cincuenta y cinco años, en su mayoría sin experiencia previa de participación en entidades comunitarias. Su situación familiar era diferente; algunas estaban casadas y empezaban a vislumbrar el "síndrome del nido vacío", otras estaban separadas y formaban parte de familias monoparentales, expresando éstas cierto grado de estrés vinculado a la sobrecarga que, a diferentes niveles, conlleva el tener que

asumir en soledad la responsabilidad y el cuidado del conjunto familiar, especialmente el de los hijos, sin olvidar el cuidado de una misma, algo perpetuamente postergado por ellas hasta aquel momento. El nivel socio-cultural y económico de nuestras mujeres era medio-bajo y no tenían una formación específica, lo cual ligado a otros factores como una estricta definición de su rol en el entorno familiar y la pobre experiencia laboral reducía de forma importante sus expectativas de inserción al mundo laboral.

Eran lo que comúnmente se conoce como "amas de casa", mujeres entregadas al cuidado del hogar, del marido y de los hijos, mujeres "que lo daban todo" pero que, más allá de los discretos confines del hogar y de la familia, empezaban a necesitar obtener algo más para conocerse y reconocerse a sí mismas, para no perderse, para que los otros las empezaran a nombrar como algo más que la abnegada dueña del hogar. El dominio de ese espacio doméstico les empezaba a oprimir desde el preciso instante en que convergieron sus sospechas en torno a que podía haber otros espacios y otros tiempos todavía recuperables para ellas. Esta inquietud sentida en primera persona era algo parecido a "la voluntad de ser" que Ortega atribuía al Quijote, voluntad de ser alguien digno de ser reconocido, amor propio que se constituye en razón última del comportamiento cívico (Camps y Giner, 1998). Transgredir la frontera de lo que viene dado y empezar a percibir el mundo en términos de algo propio y conquistable se erigió en una consigna capaz de empezar a

movilizar a aquellas que se disponían a ser compañeras de viaje.

Otros rasgos peculiares se nos aparecían como característicos de aquel conjunto de mujeres a medida que, a modo de prelude, nos íbamos acercando a ellas en esa labor fundamental del conocimiento mutuo tan necesaria cuando el grupo se empieza a imaginar a sí mismo y empieza a ser imaginado por los otros como algo posible existiendo. Ellas nos confiaban sus deseos y nosotros necesitábamos comprender lo que había detrás de sus aspiraciones para poder prestarles un apoyo eficaz y adecuado, un apoyo que de antemano, y más allá de los matices particulares y necesarios, pensábamos debía estar certeramente orientado a la autonomía del grupo, a su potenciación, al desarrollo de su competencia colectiva.

La relación con el grupo nos empezó a revelar una serie de aspectos para nosotros clave a la hora de empezar a situar nuestra relación e intervención con él. Llamaba la atención un grado de autoestima bastante bajo expresado por las mujeres y sentimientos de soledad más o menos encubiertos que, aprovechando la reconfortante coyuntura que brindaba el encuentro, emergían en su discurso de forma reiterada y no siempre consciente. Probablemente conectado a ello se nos aparecía también cierto miedo a ser objeto de posibles juicios o críticas por parte del entorno, ese entorno que ellas habían empezado a imaginar podía ser diferente.

La realidad comunitaria, como si se tratara de cantos de sirena entretejidos, era al unísono un mar inmenso

de posibilidades que les seducía, pero a la vez era algo potencialmente hostil, algo aguardando rebelarse contra cualquier cambio que alterara el orden preestablecido. El miedo y las inseguridades son signos y reacciones naturales en los momentos iniciales de una experiencia grupal que deben ser reconocidos para poder ser debidamente encarados, evitando el sucumbir a la tentación de optar por la vía engañosamente más fácil; la de recurrir a múltiples subterfugios basados en la negación, el lamento o la queja, la delegación, el abandono, etcétera.

Como cualquier casa que se edifica, el grupo también precisa de fundamentos sólidos que garanticen su futuro devenir colectivo. El preámbulo en nuestra intervención profesional con el grupo lo constituyó, además del conocimiento mutuo, la concreción de su demanda de apoyo y la reflexión con él acerca de sus propios miedos e inseguridades, de sus intereses, sus metas y sus ilusiones, sus recursos y las dificultades previsibles. En este momento de la acción con el grupo es especialmente importante que los profesionales no caigamos en la trampa de pensar y decidir por el grupo, al contrario, se trata de facilitar procesos reflexivos que le ayuden al grupo a verse a sí mismo en un espejo, que le interpielen acerca de su sentido, sus finalidades y su futuro próximo, concretado éste en un quehacer que mira atento hacia esas metas. Las fases iniciales de encuentro del grupo con él mismo y con los profesionales son claves para la configuración de un espacio social propio, de un espacio de

influencias mutuas poblado por las recíprocas propuestas relacionales de los diferentes actores que concursan y por las respuestas que al respecto, y también bidireccionalmente, transitan entre los mismos.

Un instrumento que descubrimos de gran valor y eficacia en la definición del marco de intervención y del contexto relacional profesional-grupo fue la realización y la celebración de un contrato. Este instrumento en la intervención grupal nos permite la elaboración de expectativas en ocasiones mágicas y su resituación en términos reales y posibles, así como la expresión de forma explícita de los objetivos comunes grupo-técnico, de los compromisos, de los tiempos, etc. El contrato pues, no es más que una referencia clarificadora del lugar que ocupan los profesionales y el grupo en el contexto de la intervención y una constancia de los acuerdos a los que han llegado (Selvini, 1987). Un aspecto que consideramos clave remarcar en el contrato fue nuestro papel como técnicos de facilitadores de un proceso que debía decidir, impulsar y controlar el propio grupo. Nosotros éramos actores secundarios, tramoyistas, extras, en apoyo del grupo que debía representar un papel estelar en una historia desarrollada según el guión escrito por él mismo. Nuestro papel estaba llamado a irse sutil y de forma discreta difuminándose a lo largo del curso de la acción grupal hasta llegar finalmente a hacerse imperceptible.

Definido el contexto relacional iniciábamos con el grupo la aventura de idear estrategias que nos permitiesen

dar cuerpo a un proyecto que ya se empezaba a definir, aunque balbucientemente, en términos de acción a partir de la puesta en común de lo que cada una aportaba. Necesitábamos una plataforma interventiva que nos permitiera navegar a todo lo largo y ancho de un océano que cada vez era posible visualizar de forma más nítida desde la dimensión de lo colectivo. Así pues, se planteó la constitución de un grupo motor bajo el objetivo de impulsar la organización de actividades abiertas a las mujeres del barrio.

Desde esta plataforma el grupo quería incidir en la red relacional de las mujeres, una red que en muchos casos se intuía pobre y cerrada, con poca potencialidad a la hora de proveer a las mismas mujeres de referentes y de diferentes formas de apoyo social. Era importante actuar sobre este otro tipo de pobreza, la de la soledad y el aislamiento encubierto que tantas veces castiga a las mujeres por el simple hecho de ser objeto (que no sujeto) de un determinado tipo de organización social edificada y sostenida a la sombra de los hombres, de lo que la tradición y la costumbre han ido paciente y calladamente instituyendo. Desde esta perspectiva la creación de nuevas relaciones entre las mujeres se consideraba un elemento clave a la hora de estimular y de facilitar la participación de la mujer en la vida comunitaria y, por consiguiente, su verdadera integración y reconocimiento como actora social de pleno derecho (Touraine, 1990).

Tan ambiciosos objetivos era necesario plantearlos de una forma prudente y cautelosa. Incidir en cambios

en los esquemas de relación social, en el surgimiento de nuevas redes comunitarias exige interiorizar firmemente la idea de proceso, así como la de cambio que provoca crisis, crisis que como ya apunté antes no necesariamente es catastrófica, sino que ayuda a crecer en el descubrimiento de nuevos órdenes. Era necesario crear y modificar paso a paso, golpe a golpe, algo que no siempre es lo asequible al cambio y lo maleable que nos gustaría: valores, actitudes, formas de pensar y de comportarse colectivamente, no sólo de las mismas mujeres de la comunidad, sino también de la comunidad en general, una comunidad que de forma utópica nos gustaba imaginarla como algo diverso y dinámico, como una realidad capaz de acoger policromáticos intercambios y experiencias con-vivenciales (auténticas, en el sentido de estar impregnadas de vivencia) y respetuosas.

Reivindicar la utopía es algo saludable en estos tiempos que corren en los que, más a menudo de lo deseable, una severa losa a modo de advertencia planea sobre aquellos/as identificados/as como posibles disidentes: "non plus ultra", no hay nada más allá. Cada vez más está ganando terreno en nuestra sociedad un cierto pragmatismo ilustrado que vive al amparo de la cultura del individualismo y que con un indisimulado nerviosismo y con apariencia de lúcido y realista va contagiando miedos, inseguridad, culpabilidades, vacío y ausencia de horizontes (Soler, 1995). Todo grupo, todo esfuerzo colectivo con vocación de construir algo trascendente necesita

beber de la fuente de la utopía, de esa utopía realista desde la cual el idealismo se formula críticamente, asumiendo desde el compromiso el riesgo de ser capaz de optar y de renunciar a la seguridad y a la certidumbre.

Al igual que el universo de los mitos y las leyendas se esculpió bajo el cincel de imaginarios colectivos inspirados en geografías capaces de transportarnos a mundos ideales, toda experiencia grupal también debería ser como un retorno a esa patria lejana a través de una apasionante odisea. Ítaca, ese territorio de destino deseado al que ansía llegar el grupo, acabará convirtiéndose en el descubrimiento del sentido de ponerse en camino, de la aventura del viaje, del existir mirando a un horizonte colectivamente anhelado y, precisamente por anhelado con otros, posible. Día a día nuestras mujeres empezaban a producir, a partir del intercambio entre ellas, un material muy valioso con el que empezar a diseñar su utopía particular. Los profesionales con ellas, en un gesto de complicidad, íbamos descubriendo atajos y rutas alternativas para avanzar hacia el destino elegido. Los profesionales éramos como aquellos aventureros que en la novela de Charlotte Perkins, "El País de Ellas", una hermosa utopía feminista, quedaron infinitamente admirados al descubrir la riqueza inagotable de una sociedad de mujeres perdida en un recóndito lugar del universo: "pasaron cinco o diez años trabajando juntas y cada vez se sentían más fuertes y más sabias, y también más unidas... Entonces sucedió el milagro"...

El grupo motor era la piedra que se pretendía arrojar a la quietud de un estanque, sabiendo que, correctamente planeado el tiro o la acción, ésta podía dar lugar a una serie de movimientos acuáticos, de ondas concéntricas dibujándose en aquel fluido social, ondas capaces de amplificar los efectos iniciales de la acción-objetivo en el contexto comunitario. Debíamos ayudar a llegar a buen puerto a aquel núcleo primigenio de mujeres que estaban decididas a iniciar un viaje, un viaje que había de acabar siendo multitudinario, pues tanto ellas como nosotros confiábamos en que otras muchas mujeres se sumarían a él, probablemente engrandeciendo así el horizonte primero durante el curso de la travesía. Los aspectos que inicialmente se trabajaron con el grupo motor en sucesivas sesiones formativas se circunscribieron a tres áreas, las cuales consideramos básicas para facilitar el desarrollo del proyecto a impulsar con posterioridad por el mismo grupo.

A. Conocimiento: Aprender formas alternativas de actuar y relacionarse a partir de observar y de analizar la propia realidad de forma crítica, intentando conferir significado a las diferentes situaciones que le afectan a una misma y a su entorno, superando esquemas simplistas o reduccionistas, enfrentando prejuicios y estereotipos que limitan el campo de mira y las posibilidades de acción, tanto en el plano individual como en el grupal.

B. Valores: Reflexionar e interiorizar vivencialmente valores como el

respeto, la tolerancia, la solidaridad, la responsabilidad, el compromiso, la justicia, y plantear vías para conseguir que estos valores estén presentes en la realidad cotidiana.

C. Habilidades: de trabajo en equipo, de planificación y seguimiento de las actividades, de búsqueda y tratamiento de la información, de adquisición y gestión de recursos, de promoción del grupo y sus ofertas en la comunidad y de coordinación con otras entidades del barrio y con otros grupos de mujeres de la ciudad.

Estos diferentes aspectos se trabajaron en su mayoría de una forma interrelacionada y a partir de talleres y de dinámicas grupales donde se otorgó un especial protagonismo al análisis de situaciones cotidianas y a la reflexión colectiva a partir de lo vivencial. Fue este proceso que aquí presento de forma ordenada y sucinta, un proceso lento y costoso, como costoso es casi todo aquello que se arriesga a transitar por las sendas y recodos de la compleja y abrupta realidad. Aquellas mujeres apenas estaban habituadas a ser consumidoras de actividades cívicas, sociales y culturales, y ahora se preparaban para ser ellas las organizadoras e incentivadoras de éstas. El vencer las inseguridades y el sentimiento de "no seremos capaces" fue el estandarte compartido por ellas y por los profesionales que les acompañábamos. ¿Cómo superar tantos complejos heredados, profundamente arraigados, tantos límites autoimpuestos muchas veces miméticamente, por inercia? pues ni más ni menos que reforzando

positivamente cualquier descubrimiento, cualquier pequeño logro o éxito, cualquier resultado propicio por microscópico que fuera, cualquier iniciativa nacida y asumida por el mismo grupo.

Nadie puede creer en él mismo si no se demuestra que es capaz. La conciencia del grupo sobre su competencia sólo la puede construir el mismo grupo, en buena parte desde su propia percepción sobre lo que es y hace, pero también desde la percepción que sobre él tiene su entorno próximo y desde los mensajes que al hilo de ello ese entorno le transmite (Mead, 1993). Un grupo no es una isla, sino una realidad flotando en un universo de influencias. Esta conciencia de competencia del propio grupo es la que alimenta el proceso de crecimiento y de identidad del mismo, como también nutre ese proceso la seguridad que da percibir el mundo exterior como algo no ajeno ni hostil a la propia realidad grupal. Todo ello hace posible que el grupo no quede encerrado y prisionero de sí mismo y que se plantee iniciar en el momento vitalmente oportuno un movimiento de expansión "hacia fuera", es decir, un proceso gradual y acompañado de participación y de nexos con otros grupos o colectivos.

Un aspecto que incentivamos los profesionales en todo momento fue el que el grupo se relacionara y estableciera vínculos con otros grupos o entidades de la red comunitaria, ya que ello podía ser una estrategia que neutralizara algunas reticencias o recaudos detectados por parte de alguno de los sectores con más poder

de la red, al ver y vivenciar al grupo como un elemento extraño y las acciones de éste como una posible amenaza a su poder. Por otro lado, de esta forma además, el grupo ya no dominaba sólo su propio medio, sino que al vincularse a otras partes de la comunidad tomaba conciencia de "ser parte de" y de la posibilidad de poder participar en un proyecto global más amplio a nivel comunitario, así como de poder hacer copartícipes y colaboradoras en su proyecto a las otras partes de la red comunitaria.

Abrir la caja o la transgresión creadora

Tras la fase de constitución del grupo, de adquisición de elementos formativos, de presentación pública y de inicio de sus primeras relaciones con otros sectores comunitarios llegaba el momento de que el grupo empezara a organizar actividades dirigidas al resto de mujeres. El grupo sabía que si la oferta de actividades propuestas por él no se correspondía con los intereses e inquietudes de las mujeres del barrio, el nivel de aceptación de sus propuestas sería muy bajo. No bastaba con realizar una programación de actividades a partir de lo que al propio grupo motor le interesaba, ni a partir de lo que, de forma meramente intuitiva, creía que era necesario hacer o que podía resultar atractivo. Era además imprescindible un conocimiento más exhaustivo y amplio, ya que se quería llegar a diferentes sectores de mujeres, por lo que los mensajes y la oferta de actividades

a promocionar debía ser suficientemente estudiada y diversa.

Para evitar un posible fracaso que, en aquel momento más que en cualquier otro, debía esquivarse, el grupo se planteó hacer un sondeo sobre cuáles podían ser esos centros de interés y esas inquietudes o motivaciones capaces de movilizar al colectivo amplio de mujeres de la comunidad. Así, el grupo motor diseñó un sencillo cuestionario en donde se planteaban una serie de preguntas referidas fundamentalmente a la cantidad y tipo de relaciones sociales de las mujeres, a su participación en actividades sociales, a sus principales problemas o preocupaciones, a su percepción sobre el barrio y a sus intereses y disponibilidad para participar en posibles proyectos a impulsar.

El cuestionario se pasó aproximadamente a cincuenta mujeres de diferente estrato social y lo que acabó evidenciando fue, entre otras cuestiones significativas, un importante sentimiento por parte de las mujeres de estar al margen, un bajo nivel de participación en actividades sociales y comunitarias, una baja valoración sobre su papel social, así como una pobreza importante de las redes de relación, normalmente circunscritas estrictamente al ámbito familiar y, en algunos casos, también al laboral. El hecho de realizar esta sencilla (aunque interesante) investigación ayudó además a dar a conocer aún más al grupo, aprovechando la petición personalizada de colaboración formulada a mujeres clave del barrio y a entidades o instituciones que se

pensaba podían facilitar el acceso a otras mujeres, aportando a la vez estas entidades su propia visión sobre la realidad comunitaria.

La explotación de la información recogida en los cuestionarios, así como la reflexión posterior, se hizo siguiendo la técnica del grupo de discusión, una estrategia ésta cualitativa de estudio de la realidad social. El grupo de discusión es, fundamentalmente, un proyecto de conversación socializada en el que la producción de una situación de comunicación grupal sirve para la captación y el análisis de los discursos ideológicos y de las representaciones simbólicas que se asocian a cualquier fenómeno social. El material informativo que procedía de los cuestionarios sirvió al grupo motor para empezar a discutir, comentando y reflexionando sobre una serie de temas discriminantes o estímulos que los profesionales ayudamos a seleccionar.

La discusión del grupo pretendía, a través de la provocación de situaciones comunicativas, el estudio de las representaciones sociales que surgen a partir de la confrontación discursiva de sus miembros. De esta forma el grupo operaba ahora, no ya sobre una realidad de primer orden, sino sobre una realidad de segundo orden, una realidad virtual en la que el significado de las cosas era el producto de ese proceso comunicativo donde existían y se producían códigos que articulaban y unificaban la lectura de la realidad y, por tanto, la construcción de la realidad misma, construcción ésta que se realizaba a partir de

imaginarios sociales elaborados por el grupo. El grupo de discusión llevó el proceso grupal hacia un clima de colectivización y socialización de la experiencia, suscitando representaciones simbólicas sensibles y concretas que iban más allá de la dimensión de respuesta psicológica individualizada, para adentrarse poco a poco en una cultura o en un universo simbólico propio (Alonso, 1998).

En el grupo de discusión la grupalidad se plantea en términos de cómo los sujetos comparten y se identifican con categorías (valores, normas, convenciones, sobreentendidos...) que asientan y perfilan sus comportamientos, dándoles a éstos la forma de naturalidad, desde la que se conforman el sentido común y los marcos de interpretación con que se percibe y se actúa en el mundo de la vida, ese espacio en que los sujetos interactúan cotidianamente. El análisis de la conducta social que el grupo de discusión es capaz de realizar se instala así en el nivel de lo latente, de la comprensión de los discursos y de las representaciones que montan el hábitus desde el que los sujetos le dan significado a las acciones que realizan y sentido a los mensajes que reciben (Ibáñez, 1992).

Tanto los profesionales como las mismas componentes del grupo pudimos comprobar cómo la técnica del grupo de discusión estimulaba el arte de escuchar. A partir de rodeos, acuerdos y negociaciones se organizaba la búsqueda de visiones compartidas. En el grupo de discusión se opera a partir del conocimiento tácito

o preconsciente y el orden discursivo es un orden construido a partir del desorden de la conversación. La armonización o reducción de ruidos comunicacionales como proceso autoorganizativo, es lo que hace que el grupo pueda llegar a puntos consensuados en mayor o menor medida. Por ello el grupo de discusión es un grupo de consenso en el que se trata de llegar a acuerdos sobre el sentido de las representaciones sociales, con el telón de fondo siempre de aquellas condiciones o reglas del juego que sugiere la ética discursiva (Cortina, 1997).

Con esta fórmula queríamos transformar "el sentido común" de las diferentes componentes del grupo motor en "buen sentido" o conocimiento crítico. Queríamos provocar en ellas un posicionamiento y sabíamos que para ello era indispensable generar conocimiento, pero no aspirábamos a hacerlo de cualquier modo, sino a partir del asombro y del apasionamiento que provoca el ser capaz de transformar, ese apasionamiento al que las mujeres sabemos entregarnos de forma especialmente entusiasta. Sólo de esta forma se podían romper las barreras impuestas desde remotos tiempos por el saber establecido, y hasta cuestionar ese saber desde un posicionamiento sujeto-sujeto (Freire, 1994).

Nuestro saber de expertos servía ahora para sumarse y concursar en un juego de espejos cruzados, de percepciones y saberes encontrados, convergiendo, creando imágenes inéditas. Nuestra función era estimular aquel acto de construcción del propio

conocimiento del grupo motor a partir de formular preguntas críticas a cada una de aquellas mujeres que ahora se observaban a sí mismas en un nuevo espacio, a medida que el autodiagnóstico de forma incipiente anunciaba un proyecto común a impulsar que iba poco a poco tomando cuerpo. Enlazar análisis e implicación fue algo que se dió de forma espontánea y natural. Del encontrar-escuchar (investigación acción participativa) nació un puente invisible hasta el territorio del provocar-negociar un proyecto alternativo, concreto y viable (Villasante, 1995). En aquel punto de la experiencia grupal hacíamos nuestras las palabras de Julio Cortázar: "Ideas, es decir, establecimiento de relaciones, cabezas de puente, puentes".

A partir del análisis que realizó el grupo motor sobre los intereses y motivaciones de las mujeres del barrio se diseñó una primera oferta de actividades compuesta por: un curso de yoga y otro sobre alimentación y salud, un ciclo de charlas sobre autoestima y crecimiento personal y un taller de iniciación al conocimiento de la literatura de autoras. El grupo asumió la difusión y propaganda de las posibles actividades a realizar, así como la organización y gestión de éstas con el apoyo de personas específicas especializadas en cada uno de los campos referidos. El nivel de respuesta positivo y entusiasta por parte de las mujeres del barrio fue el mejor premio y aliciente al esfuerzo del grupo motor que reconocía que la acogida de sus propuestas había desbordado cualquier pronóstico. Las mujeres demos-

traban así, una vez más, que si en muchas ocasiones se las encasilla como las principales consumidoras de determinados productos culturales de sospechosa calidad es porque no se les ofrecen de forma cercana y asequible otras oportunidades mejores y más enriquecedoras.

El grupo motor, ya convertido por entonces en una asociación formalmente constituida, consiguió en poco tiempo movilizar a unas ochenta mujeres de diferentes edades y condición social que empezaron a participar en las diferentes actividades promovidas desde la asociación. Y fue así como sucedió lo que sucede en el juego del billar, siempre claro que el jugador posea la suficiente destreza. Habíamos impulsado con el taco una bola que de forma premeditada había puesto en movimiento otras, imprimiendo sobre el tapete un movimiento rítmico y medurado dirigido a un fin estratégico. Las mujeres despertaban, algo se estaba moviendo y los profesionales veíamos con satisfacción cómo la dinámica que se estaba suscitando era cada vez más ajena a nosotros y se iba acomodando gradual y confortablemente en la misma realidad comunitaria que la estaba generando.

Con el tiempo, y de forma espontánea entre algunas mujeres que participaban en las diferentes actividades de la asociación, se creó un grupo informal de encuentro o de tertulia. La actividad, fuera el curso o la charla, pasó de ser el fin a ser el medio, la excusa para encontrarse y hablar, hablar de las pequeñas pero trascendentes

narraciones o historias cotidianas que poblaban la vida de cada una de aquellas mujeres. El proceso relacional que se estaba desarrollando, como continente de aquellas historias de mujeres, marcaba la pauta de algo que ya había empezado a existir como posibilidad de acción, otra acción que a modo de cascada se sumaba a la iniciada por el grupo motor como pistoletazo de salida. Las relaciones y aquella ramificación de la acción nacida de esas relaciones se configuraban como un compendio de emociones mezcladas de forma solidaria y con una función social claramente relevante. Aquel guión narrativo apoyado en mentalidades coordinadas, en una interdependencia intersubjetiva imprimía una potencia renovada a la ya por entonces ensayada y probada capacidad de transformación de las mujeres.

Aquellas mujeres, sin darse cuenta, no sólo se estaban contando a modo de narración sus vidas, sino que empezaban a tener la oportunidad de vivir sus relaciones con otras de forma narrativa. Las narraciones que marcaban el paso del Yo al Nosotras estaban incrustadas en la misma acción social, haciendo que los acontecimientos fuesen cada vez socialmente más visibles y estableciendo característicamente expectativas para acontecimientos futuros. Como toda creación narrativa y dado que los acontecimientos de la vida cotidiana estaban inmersos en la narración, se iban cargando de un principio, de un punto grave, de un clímax, de un final, y así sucesivamente. Las mujeres ahora vi-

vían los acontecimientos vitales y sociales junto con otras y en virtud de ello los clasificaban. Cuando esto sucede, no es que la vida copie al arte plagiando la fascinación surgida del relato, sino más bien es el arte quien se convierte en el vehículo a través del cual la realidad de la vida se hace cautivadoramente manifiesta (Gergen, 1996).

Aquella fértil construcción de nuevas historias nacidas de ese ensamblaje de percepciones y de construcciones ligadas a la propia experiencia vital, cristalizó y se materializó en dos tipos diferentes de iniciativas impulsadas por dos comisiones diferentes. La primera iniciativa se fundamentó en la ayuda mutua y fue impulsada por un grupo de mujeres separadas, las cuales después de compartir y reflexionar entre ellas sobre su situación y principales problemas iniciaron un proceso de búsqueda de alternativas fundamentadas en sus propios recursos. Así, además de vincularse a otros grupos similares y de movilizarse para conseguir información sobre experiencias similares, organizaron una serie de talleres y de charlas sobre temas para ellas de especial interés (la educación de los hijos, sobre aspectos jurídicos, psicológicos, etc.).

También esta comisión se vinculó y se implicó en un proyecto en realización por parte del equipo de atención primaria en servicios sociales del barrio dirigido a familias monoparentales, a partir del cual se pretendía de forma participada con la comunidad conocer mejor la situación de este tipo de fami-

lias y sus necesidades de apoyo, para, a partir de, ello incentivar nuevas iniciativas de apoyo social comunitario. Una de estas iniciativas, propuesta por la comisión de mujeres, fue la de crear una guardería durante determinadas horas al día a partir de la ayuda mutua de las mismas madres. Aquel recurso a crear estaba íntimamente ligado a la necesidad, y ahora también al deseo, por parte de las mujeres de ganar tiempo para ellas, un tiempo por fin con un color propio. "Hora Violeta" fue el lema que no casualmente la asociación hizo suyo, inspirándose en el título de un libro de la escritora Montserrat Roig.

Una iniciativa diferente fue la promovida por otra comisión creada desde la asociación, una comisión preocupada y ocupada por la necesidad de impulsar un proyecto basado en comportamientos y valores solidarios. Fue así como se creó un grupo de voluntarias orientado ante todo a la ayuda de personas mayores y enfermas solas. La asociación junto con el Ayuntamiento y la Parroquia del barrio facilitó a la comisión de voluntariado una formación inicial y una supervisión y apoyo, tanto para la organización como para la realización del servicio que se disponían a prestar.

El tiempo de las mujeres, en sus policromáticas formas y tonalidades, se iba haciendo cada vez más y más fértil, abrigando cada iniciativa dentro de ella otras nuevas, todas ellas con firme vocación de desdoblarse, de expandirse, de conquistar nuevos espacios, nuevas geografías sociales. Aquella dinámica que se estaba cre-

ando nos recordaba la imagen de las muñecas rusas, conteniéndose a sí mismas, multiplicándose. El grupo de voluntarias después de un tiempo de desempeñar satisfactoriamente su actividad propuso a la asociación realizar una exposición y un ciclo de tertulias sobre el papel de la mujer en la historia reciente.

El material que apoyaba tal propuesta era el recogido por las mismas voluntarias a partir del relato oral nacido de la memoria y de los recuerdos de las mujeres mayores a las que ayudaban. Aquellas mujeres explicaban con talante narrativo a las voluntarias cómo había sido su vida en diferentes momentos y cómo ellas habían visto el mundo y desarrollado su papel de mujeres en diferentes ámbitos. De este modo, el entramado relacional tejido por la voluntad solidaria, se ensanchó para dejar espacio a la reciprocidad, al dar y recibir, al compartir, tan necesario para que los vínculos permanezcan y prosperen.

Toda aquella riqueza, que de forma cada día más clara manaba de los vínculos sociales, iba fructificando visiblemente y revertiendo más allá de realidades individuales en el colectivo amplio de mujeres, en el cambio de su posición, de su condición social y en el cambio de su autopercepción. Era aquella memoria oral, y en ocasiones también gráfica a través de fotografías, la que delataba el papel social tan fundamental de las mujeres en la vida social y familiar, un papel tantas veces silenciado por la historia oficial y académica. Aprender del pasado, de la memoria social de las mujeres, re-

crear la historia vivida y sentida en primera persona para entender el presente y poder transformarlo, era una forma de avanzar juntas hacia la utopía compartida.

Y en el fondo de la caja, la esperanza

Nobleza obliga reconocer a los griegos mejor formación científica que a los judíos y un mejor manejo de la relación causa-efecto. También eran los griegos más conscientes de la ambigüedad de los frutos del conocimiento. Tal vez por ello dejaron la esperanza en el fondo de la Caja de Pandora. Del mismo modo, también en el fondo de la experiencia grupal que aquí he compartido con vosotros quedó un poso de esperanza, un guiño de complicidad a aquella utopía que día tras día se iba haciendo más real. En este caso, como probablemente en otros que vosotros conoceréis, los profesionales pudimos experimentar cómo la red social y el universo relacional que la configura puede ser un elemento transformador de la existencia de las personas y de la comunidad, a partir de posibilitar el ensayo de nuevas experiencias vitales y de construcción de lo social.

Ojalá el reparar en ello nos lleve a los profesionales a revalorizar los contextos comunitarios, las relaciones sociales, el valor de la confianza en el otro y la potencialidad de las iniciativas participativas y autogestionadas. Cada día más, por suerte, estamos asistiendo a procesos de emergencia de lo micro, lo cual nos lleva a los téc-

nicos a volver nuestra mirada hacia grupos y colectivos que desde el ámbito de la cotidianidad se manifiestan en torno a intereses ya no generales, sino concretos e inmediatos. Afinemos nuestra sensibilidad, seamos capaces de activar nuestros sensores para advertir la existencia de cualquier grupo o colectivo que real o potencialmente pueda servir como plataforma de movilización comunitaria. Apoyarles, iniciar un viaje con ellos, aprender a su lado, puede ser algo que sirva de revulsivo a esa tendencia burócrata y conservadora que, hoy por hoy y de forma peligrosa, intenta ganar terreno en el campo del trabajo social.

Seguro que tras bucear en las redes informales de la comunidad y comprometernos en cualquier iniciativa de autoorganización colectiva nos cambiará la mirada, incluso cambiaremos nosotros mismos, haciéndonos más generosos, más pacientes, más humildes y respetuosos. Luego vendrá de forma obligada la tarea de elaborar el consiguiente duelo por el protagonismo perdido, por la renuncia al poder de dirigir la acción y el destino de los otros. Pero os aseguro que vale la pena cambiar el oficio de guardián o controlador del orden por el de ingenieros y artistas entregados a idear y a probar nuevas formas de intervención profesional que contribuyan a que los demás, la comunidad, amplie su campo de mira y su universo de posibles, para a partir de ello descubrir nuevas alternativas de acción comunitaria, nuevos órdenes convivenciales. Se trata de avanzar hacia prácticas profesionales que ayuden a los ciudadanos a ser activos sujetos reflexivos

(Thiebaut, 1998) y a los grupos y colectivos con los que trabajamos a verse a sí mismos de un modo novedoso en las consecuencias de su actuar, en su relación con otros, en su búsqueda del sentido del presente, en su proyección hacia el futuro, un futuro sentido como propio e irrenunciable.

Muchas son las pistas y las posibilidades que hoy nuevos enfoques y planteamientos en el ámbito social nos aportan para avanzar hacia esas prácticas críticas y reflexivas desde lo colectivo, prácticas que nos exigen "tocar fondo" con la gente, que nos llevan más allá del cerebro, que nos acercan a la emoción, a esa potencia afectiva y creadora que suscita el estar aprendiendo con otros, el vibrar en una tarea conjunta. El regreso a los grupos comunitarios como constelaciones de la red social, el regreso a la creatividad, a las inquietudes, a la competencia de las gentes que comparten un mismo espacio social y vital es lo que puede devolvernos la esperanza en aquella edificante idea, no por antigua ya caduca, del trabajo social como catalizador y facilitador de procesos de cambio social. Tal vez se trate, nada más y nada menos, de atrevernos a dar un salto con red a la comunidad, de atrevernos a destapar la caja de sorpresas que puede ser la red comunitaria si paciente y confiadamente se fomenta su crecimiento y su fortaleza.

No sólo a nivel del grupo de mujeres los retos se sucedieron de forma fascinante a lo largo y ancho de la experiencia presentada. También los

profesionales nos sentimos interpelados por diferentes llamadas que nos alentaban a profundizar y a elaborar reflexivamente aspectos relevantes surgidos a partir de la praxis profesional durante el desarrollo del proyecto y que todavía hoy nos ocupan. No fue fácil realizar una evaluación rigurosa de la experiencia aquí narrada. El planteamiento de trabajo que había inspirado nuestro proyecto de colaboración con el grupo de mujeres nos exigió avanzar en el estudio y ensayo de nuevos referentes evaluativos, que desde una perspectiva de proceso fueran guiándonos y permitiéndonos introducir sobre la marcha los necesarios mecanismos correctores. El reto que nos planteamos fue conseguir un diseño e instrumentos evaluativos que nos permitieran realizar una valoración didáctica y participativa (con las mujeres) del proyecto, que nos sirviera de observatorio para visionar con la suficiente nitidez y fiabilidad los cambios que operaban en la red comunitaria y los efectos de largo alcance o el impacto de la acción del grupo y de las extensiones que éste generó a lo largo del tiempo.

Al equipo de atención primaria también nos interesó poder valorar con mayor precisión los efectos que el proyecto de colaboración con el grupo de mujeres estaba teniendo en el programa de actuación general de nuestro servicio. Si de algo éramos conscientes era de la rentabilidad de nuestra dedicación a aquel proyecto, ya que éste había repercutido, sin duda alguna, en las intervenciones del servicio, ya fuera a nivel individual

como colectivo. ¿Cómo? Pues generando nuevos recursos, permitiéndonos aprovechar las nuevas modalidades de dar y recibir ayuda que el proyecto había potenciado, permitiéndonos probar nuevas estrategias de articulación de la ayuda formal e informal presente en la comunidad, mostrándonos el papel fundamental de las relaciones sociales como elemento de prevención y afrontamiento de situaciones vitales estresantes y convenciéndonos definitivamente de la mayor validez ecológica que tienen las respuestas generadas por la misma comunidad frente a otras respuestas generadas muchas veces de forma estereotipada e impersonal desde lo institucional (Castel, 1984). Para nosotros no sólo había sido importante descubrir y demostrarnos a nosotros mismos esto, sino que el reto que nos planteábamos iba más allá: debíamos ser capaces de demostrar de forma clara y tangible a nuestra institución la rentabilidad y la necesidad de potenciar y promover, cada vez en mayor medida, proyectos en la línea del presente.

De la misma forma que un grupo de mujeres consiguió multiplicar sus fuerzas y desafiar al antiguo mito que advertía severamente sobre las consecuencias del deseo de conocer, decidir y hacer en relación al propio destino, los trabajadores sociales también deberíamos ser capaces de desafiar otros mitos interiorizados por la profesión que acaso nos lleven a ver a los grupos comunitarios como un objeto al que también se le ha vetado la capacidad de saber, de decidir y de hacer

por ellos mismos. Sólo si los profesionales creemos en el poder y en la competencia de la comunidad podremos contribuir a que los sistemas comunitarios inauguren incesantemente procesos de toma de conciencia acerca de su capacidad de organización, venciendo así mitos familiaristas que interfieren la posibilidad de organización autogestora de la comunidad al mantener creencias no desafiadas, creencias sobre el peligro de renunciar a la unidad para dejar espacio a lo diferente, creencias que llevan a la búsqueda de protección en elementos externos que convierten a esos sistemas comunitarios en "sujetos sujetos" a las normas, a un destino prefijado (Bauleo, 1983).

"Sin un cambio de dioses todo continúa como estaba", nos decía Antonio Machado. A las puertas de un nuevo siglo, en un tiempo fronterizo, entre dos épocas, como es el nuestro, acaso sea éste el momento de desafiar viejos mitos, y hasta de desafiar sin miedo a esos dioses anacrónicos que quizás no han muerto del todo todavía, pero que ahora podemos reiventar para que ellos a su vez, desde otra perspectiva más justa y solidaria, inspiren nuevos mitos. Alguien dijo que las mujeres están más cerca de los dioses, más cerca de la vida, porque en ellas habita el misterio. Probablemente se trate de ese misterio que sólo ellas, desde su historia colectiva pasada, presente y futura, serán capaces de desvelar por fin libremente, sin miedo a más absurdos y arbitrarios castigos o maldiciones saliendo persecutoriamente de una caja enigmática.

Bibliografía

- ALONSO, L.E. (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid, Fundamentos.
- BAULEO, A. (1983), *Contrainstitución y grupos*, México, Nuevomar.
- CAMPS, V. y GINER, S. (1998), *Manual de civismo*, Barcelona, Ariel.
- CASTEL, R. (1984), *La gestión de los riesgos*, Barcelona, Anagrama.
- CORTINA, A. (1997), *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*, Madrid, Alianza Editorial.
- FREIRE, P. (1994), *La educación como práctica de la libertad*, Madrid, Siglo XXI.
- GERGEN, K.J. (1996), *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*, Barcelona, Paidós.
- IBÁÑEZ, J. (1992), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión; técnica y crítica*, Madrid, Siglo XXI.
- LORITE, J. (1987), *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*, Barcelona, Anthropos.
- MAFFESOLI, M. (1990), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- MAFFESOLI, M. (1996), *De la orgía*, Barcelona, Ariel.
- MEAD, G.H. (1993), *Espiritu, persona y sociedad*, México, Paidós.
- SELVINI, M. (1987), *El mago sin magia*, Barcelona, Paidós Educador.
- SOLER I AMIGÓ, J. (1995), *Els enllocs. Els temps i els horitzons de la utopia*, Barcelona, Alta fulla.
- THIEBAUT, C. (1998), *Vindicación del ciudadano. Un sujeto reflexivo en una sociedad compleja*, Barcelona, Paidós.
- TOURAINÉ, A. y OTROS (1990), *Movimientos sociales hoy*, Barcelona, Hacer.
- VILLASANTE, T.R. (1995), *Las democracias participativas. De la participación ciudadana a las alternativas de la sociedad*, Madrid, Ed. Hoac.

Silvia NAVARRO PEDREÑO
Ayuntamiento de Badalona